

EL ATLANTE.

*Aquel pueblo es verdaderamente libre
donde las leyes mandan y los hombres obedecen.*

S. Claudio y Cps. Mrs.

Variedades.

Continúan las Memorias sobre la vida de sir Walter Scott,

En cuanto a la multitud de pormenores sobre aquel país y las costumbres antiguas que ciertamente influyeron más tarde en la dirección que tomaron mis inclinaciones y tareas, fueron hijos de las numerosas canciones, historias y cuentos populares, únicas diversiones de una vida camprestre, solitaria y retirada como la de mis parientes, y que yo estaba oyendo todos los días. — Mi abuela, que había oído contar en su juventud á testigos oculares los latrocinios de los *Borderers* (gentes de las fronteras) inflamaba mi tierna imaginación con los esclarecidos hechos de *Watt de Harden de Wight Willie d' Aik wood* y de otros héroes de la misma calaña. Mi buena tía Juana Scott, que tanto me quiso siempre y á quien tanto quise, tenía la paciencia de leerme y volverme á leer cien veces algunos libros viejos hasta que aprendía yo de memoria algunos trozos larguísimos. Así fue como aprendí en poco tiempo la canción de *Harden-Kunte*, con gran pesadumbre de nuestro digno parroco el Dr. Duncan, la única persona que visitaba nuestra casa, y que no podía llevar en paciencia que yo interrumpiese las conversaciones para aquella ruidosa muestra de mi memoria. Me parece que le estoy viendo todavía, largo, delgado con una cara que era un perfecto retrato de la de D. Quijote; y que le oigo exclamar lleno de furia: «mas quisiera conversar junto á la boca de un cañon de á 24, que en ninguna parte en donde esté ese diablo de chiquillo...»

Cuando tenía cuatro años de edad, mi padre quiso que me llevaran á tomar los baños de Bath, y mi buena tía se encargó de ello á pesar de la incomodidad del viaje y

de lo que debía costarle abandonar su método de vida y los hábitos de tantos años. Mi salud era excelente desde que vivía en el campo, y había adquirido la fuerza necesaria para luchar con mi enfermedad, y ya empezaba á andar y á correr, á pesar de mi pierna torcida y visiblemente más corta que la otra.

En Bath pasamos un año entero, y allí me enseñó á leer una vieja que había sido maestra de niñas; allí conocí también al venerable John Home, autor de *Douglas*, que estimaba mucho á mi tía, y me trataba con la mayor bondad; su mujer, que entonces estaba enferma, me llevaba muchas veces á pasear en coche. — Pero los recuerdos más gratos para mí del tiempo que pasé en Bath, principian desde la llegada á aquellos baños de mi tío el capitán Roberto Scott, que me hizo disfrutar de todas las diversiones compatibles con mi edad, entre otras la del teatro. Aunque han pasado tantos años, todavía se me representa en la imaginación con la mayor viveza el efecto que me hizo la pieza de Shakespear intitulada *As you like it*, como V. quiera. Recuerdo también que fui un oyente bastante estrepitoso, y que desde la primera escena, escandalizado de la riña entre *Orlando* y su hermano, exclamé en alta voz: «¿Pues qué, no son hermanos? Mas tarde, habiendo residido algunas semanas en el seno de mi familia, después de haber vivido largo tiempo como hijo único en casa de mi abuelo, me convencí de que una quimera entre hermanos es un suceso bastante común.»

Cuando entré en los ocho años quisieron ver qué tal me probaban los baños de mar; y mi buena tía me llevó para que los tomase á Prestonpans, en donde permanecimos algunas semanas. Allí me hice íntimo amigo de un antiguo militar que después de haber hecho muchas campañas había plantado sus reales en aquella aldehuela, en donde

se comía su medio sueldo. Tenía el grado de porta-estandarte; pero todos por respeto le llamaban el capitán Dalgetty. Como este buen anciano, que había estado en todas las guerras de Alemania, no encontraba en aquella aldea mucha gente que tuviese la paciencia de oírle repetir todos los días la historia de sus proezas, se cimentó entre nosotros una amistad tan íntima como agradable para entrambos, y todos los días teníamos unos diálogos que nunca se acababan.

Algunas veces después de hablar largo tiempo de lo pasado, empezábamos á tratar de los sucesos presentes, es decir, de la guerra de América, que estaba entonces en todo su vigor. Era sobre poco más ó menos cuando la desgraciada expedición de Burgoyne, acerca de la cual el capitán y yo pronosticábamos de un modo enteramente opuesto. No sé quién me había enseñado un mapa de la América septentrional, y desde entonces reflexionando en el aspecto montañoso del país, y en la multitud de ríos y lagos que encierra, concebí sobre el éxito de la empresa del general Burgoyne unas dudas que mi amigo Dalgetty refutaba con indignación. La noticia del descalabro de Saratoga me proporcionó pues un pequeño triunfo, al mismo tiempo que entibió un poco la amistad que me profesaba el veterano.

En 1779 entré en la segunda clase de gramática del colegio de Edimburgo, bajo la dirección de Mr. Fraser, hombre apreciable y buen latino. Había entre mis compañeros algunos jóvenes de gran disposición, v. gr. J. Buchan, que después adquirido tanta celebridad como médico; D. Douglas, heredero y discípulo favorito del ilustre Adam Smith, y J. Hope, escribano muy apreciado en el día. En cuanto á mí aparecía como un meteoro, unas veces á la cabeza, otras á la cola de mi división; desesperando, generalmente á mi maestro por mi ligereza

y descuido, y consolándole de vez en cuando con mis llamaradas de inteligencia y talento. Por lo que hace á mis compañeros, todos me querían mi enfermedad y los esfuerzos que hacia continuamente para suplir con la maña el vigor que no tenia, los interesaba á favor mio; así que, durante el invierno en las horas de diversion, cuando no era posible salir del cuarto, mis difusas relaciones reunian al rededor del fuego á una multitud de curiosos, y dichoso entonces el que podia colocarse al lado del interminable historiador!

Continuará.

PARTES IGUALES.

ANÉCDOTA ESCOCESA.

Serían las nueve de una oscura noche de Diciembre hácia principios el reinado de Jacobo V de Escocia. La cocina del meson de Markinck se hallaba ocupada por dos personajes que parecían ser parroquianos de la casa, y que se calentaban al fuego del hogar en tanto que la huéspeda preparaba la cena. El que estaba sentado mas inmediato á la lumbrera era muy bajo de cuerpo: pero tan grueso que parecía como una persona de alta estatura á quien hubiesen aplinado de alto á bajo; su fisonomía indicaba la astucia y el egoísmo; y su postura en el momento que le describimos manifestaba bien á las claras este último defecto, porque estaba muy arrellenado delante del gran fuego del hogar, varios esquisitos trozos de salmon ahumado sin dejar apenas introducir las piernas á su compañero. Era este alto y su extremo flaco á consecuencia del trabajo y de las privaciones; pero se notaba en su rostro tales expresiones de benevolencia y de dulzura, y tenía tan buen corazón, que todos los habitantes de la parroquia de Markinck, en la que desempeñaba el cargo de maestro de escuela, le querían al paso que odiaban á su compañero que era el ministro protestante.

En tanto resonaba fuera del meson una terrible tempestad; el granizo chocaba contra una ventanilla que en él había; y el viento que zumbaba en la chimenea abrió de repente la puerta de la calle.

—Dios asista á los pobres viajeros, exclamó el buen maestro de escuela levántandose para cerrar la puerta, y echando una ojeada hácia

afuera: la noche está oscura como boca de lobo, los granizos son tan gordos como avellanas, y sopla el viento como si fuese á derribar todas las casas del pueblo.

—Razon mas para cerrar pronto la puerta, dijo el ministro.

—Parece que el mundo va á aniquilarse, repuso el maestro de escuela.

—No lo creas, el mundo no parece todavía.

Eso puede ser muy bien, sin embargo, compadezco á los que no tienen su conciencia muy arreglada, porque en una noche como esta...

—Es acaso ahora tiempo de hablar de la conciencia, interrumpió el ministro impaciente; cerrad la puerta y sentaos, porque el salmon no tardará en estar cocido, mas que el tiempo que necesite la posadera para poner la mesa. ¿Lo ois patrona?

—Me parece que oigo los pasos de un caballo.

—Que se vaya á los diablos con su dueño, y que no piense detenerse aquí.

Apenas el ministro había pronunciado este voto caritativo, cuando el viajero apeado ya de su caballo, delante de la puerta del meson que al instante le fue abierta, entró con osadía en la cocina.

—Buenas noches caballero, le dijo el maestro de escuela, sin duda ha sido una suerte el que hayais encontrado un abrigo para esta noche tan terrible.

—Efectivamente, respondió el extranjero, el aspecto de una luz en esta casa me ha llenado de alegría, porque estoy helado de frio, y á mas bastante cansado. Buena mujer, prosiguió dirigiéndose á la posadera, haced que den un pienso á mi caballo, porque quiero seguir mi viaje en cuanto cese la tempestad. Y si el pobre animal tiene tan buena cena como su amo, añadió mirando los pedazos de salmon que había en las parrillas, no es tan digno de compasion.

Durante este diálogo, el ministro había examinado con detencion al recién-llegado. Era este un hombre vigoroso y bien parecido, su mirada penetrante, su rostro pálido al que sus largas y negras barbas daban cierta expresion de orgullo. Su vestido muy sencillo consistía en un jubon y calzones grises de una tela bastante grosera, una capa bastante vieja y un gorro azul, que indicaba estar lleno de servicios. No se escaparon á los ojos del ministro estos signos exteriores de pobreza, por lo

tanto, no le dirigió la menor palabra de urbanidad. La groseria del eclesiástico, que se había apoderado enteramente de la chimenea llamó al momento la atencion del extranjero, el que quitándose la capa la sacudió de modo que llenó de nieve la persona del reverendo ministro, el que oyó las excusas del viajero, dando á entender conocía muy bien no había sido involuntariamente, sino efecto de su malicia; había sin embargo, algo en la figura del nuevo huésped que impidió al ministro entrar con él en una querrela formal. Despues de haber esprimido el agua de su gorro, el extranjero tomó posesion de la silla del maestro de escuela á vivas instancias de este, y se puso á calentar como pudo, pasando sus piernas por el pequeño hueco que dejaba el obeso ministro entre su silla y la esquina de la chimenea. En esto la posadera les sirvió la cena.

Continúa.

POESIA.

A UNA MUJER.

Ayer el alba amarilla
al anunciar la mañana
piataba de tu ventana
el transparente cristal;
ayer la flotante brisa
daba á la atmósfera olores
meciendo las gayas flores
sobre el tallo desigual.

Ayer al rumor tranquilo
de la corriente vecina
en la orilla cristalina
se bañaba el ruiseñor,
y pájaros, flores, fuentes
saludando al nuevo día
le prestaban armonía
en cambio de su color.

Ayer era el sol brillante,
el cielo azul y sereno,
el jardín fresco y ameno,
y delicioso el vivir;
eras tú niña y hermosa,
sin rubor sobre la frente,
tu velar era inocente,
inocente tu dormir.

Tú reías y cantabas
niña ó ángel en el suelo,
y tus risas en el cielo
eran guirnaldas tal vez;
estrellas eran tus ojos,
cántico vago tu acento,
blando perfú me tu aliento,
luz de la aurora tu tez.

Entonces, niña, en tu mente
no resonaban las horas,
ni apenaban seductoras
fantasmas al corazon:
un poeta te cantaba
melancólicos cantares
y la voz de sus pesares
no comprendias ayer.

¡Pobre niña! ¿qué se han hecho
los delirios de tu infancia?
¿Que has hecho de tu fragancia
marchita olvidada flor!
Tus hojas yacen quemadas,
tu cáliz vacío y seco,
tu tallo quebrado y hueco,
el sol no te da color.

Niña de los negros ojos
¿á que viniste á la tierra?
rosa nacida entre abrojos
¿Rue esperas del mundo, di?
Una brisa corrompida,
fétida, hedionda te mece
tu aroma se desvanece....
¿quien demandará por tí?

Angel mio, vuelve al cielo
antes que el mundo te vea,
que los placeres del suelo
placeres malditos son.
¡Oh! por el gozo de un dia
no compres no tu tormento:
el cielo es solo ¡alma mia!
de los ángeles mansion.

Hoy es tarde.... eres muger!
leo en tu frente humillada
el porvenir de la nada
entre las huellas de ayer.

Veo en tu rostro bullir
ese torcedor secreto....
tu velar es hoy inquieto,
es inquieto tu dormir!

Livida está tu mejilla,
en desórden tus cabellos....
muger, mal prendida en ellos
olvidada una flor brilla.

Anoche en vez de oracion
desesperada en el lecho,
exhalaste de tu pecho
sacrilega maldicion

Que en el cristal transparente
contemplastes aterrada
del negro crimen grabada
la marca infame en la frente.

Que mal sujeta á tus flores
entre tus gasas y lazos,
rasgando van á pedazos
tu hermosura los dolores.

¡Ay! inutilmente lloras
el desvanecido encanto,
entre las ondas del llanto
no vuelven, muger, las horas.

Dióle el mundo oro y placeres
cumpliendo al fin tus afanes,
ídolo de los galanes,
envidia de las mugeres.

Y á la luz saliste ufana
con tu hermosura ¡ó muger!
sin acordarte de ayer,
y sin pensar en mañana!

¡Ay! en la tumba concluyen
el gozar y el padecer
del mundo vano
y los vicios nos destruyen,
y nos matan ¡oh muger!
tarde ó temprano.

Y tú, caída palmera....
porque vendiste tu amor
á precio infame,
has querido vil ramera
que á tus puertas el dolor
mas presto llame.

Tal vez lúbrico magnate
te inundó por un placer
de oro y cariño,
y mientras su rey combate
él te cobija muger,
bajo su armiño,
Tal vez coronada frente
descansó en tu impuro pecho
tu amor comprando,
y hoy el mendigo indigente
te negará el pobre lecho
tu frente hollando.

Pasaron niña los dias,
con ellas las ilusiones
infantiles,
con ellos vienen impías
las tormentas y aquilones
de tus abriles
Con ellas llanto y dolores,
remordimiento amargura,
y desengaños:
que en sus pliegues roedores
gala, placer y hermosura
hunden los años.

¡Murió! la voz de la fatal campana
apagó su memoria y su oracion:
nadie su nombre buscará mañana,
yace su tumba en fétido rincon.

Aquel clamor fatídico y doliente
se plegó entre las flores del jardin
vibró con los cristales de la fuente,
rodó sobre los brindis del festin.

Y en oculto elegante gabinete
brusco y agudo penetró tambien
y se estrelló entre el humo del pe-
(bete
de alguna hermosa en la tocada sien.

Pero una sola lágrima, un gemido
sobre sus restos á ofrecer no van,
que es sudario de infames el olvi-
(do....

¡bien con su nombre en su sepul-
(cro estan!
J. de Zorrilla.

COMBATE DE UN MORSO Y UN OSO BLANCO.

Creian los naturalistas antiguos
que existian ciertos animales dota-
dos de la facultad de vivir y respi-
rar en el aire y debajo del agua
á los que dieron el nombre de *an-*
fibios. Pero á consecuencia de ob-
servaciones hechas con mas cuida-
do y atencion, se ha verificado la
falsedad de esta idea, y probado
evidentemente que, salvo una ó dos
escepciones aun no bien justifica-
das, todos los animales tienen un
solo sistema ó mecanismo de respi-
racion, y por consecuencia no pue-
den vivir en dos elementos diferen-
tes. Unos provistos de pulmones ó
de órganos analogos que les sirven
para descomponer el aire atmosfé-
rico, y aspirar el oxígeno que es
indispensable para mantener la vi-
da, como se verifica en el hombre,
estan obligados á habitar sobre la
tierra, y si se les sumerge en el a-
gua, durante cierto tiempo, mueren
asfiados. Es casi imposible que
exista un animal entre los que res-
piran con los pulmones que pueda
permanecer debajo del agua cinco
ó seis horas sin perecer, exceptuan-
do algunos reptiles de sangre fria
que tienen pulmones de gran ta-
maño y á proposito para conservar
mucho tiempo aire suficiente. Estos
reptiles, ademas de su prolongada
respiracion, están sujetos á caer en
una especie de adormecimiento, du-
rante el cual se suspende la circu-
lacion y todos los fenómenos de la
vida, no teniendo por consecuen-
cia necesidad de respirar en tanto
que permanecen en su letargo. O-
tros, tales como los peces y la ma-
yor parte de los crustáceos, respiran
con las agallas, órganos que tienen
la singular propiedad de descom-
poner el agua por el simple con-
tacto con ella, y sacar el oxígeno
necesario para la respiracion.

Los anfibios, pues, tal como los
suponian los antiguos, no existen
y si solo un genero numeroso de

mamíferos: es decir, de animales que paren sus hijos vivos y los crían con su leche, esencialmente terrestres, pero que por su estructura, sus costumbres, su facilidad para nadar y la clase de alimentos que necesitan, se ven impelidos á habitar las orillas del mar y á surcarlo continuamente; teniendo además la suficiente respiración para mantenerse largo tiempo debajo del agua. Los naturalistas los clasifican entre los carnívoros después de las familias de los gatos.

Son muchas las especies de anfibios que hay en las diversas regiones del globo terrestre, siempre con más abundancia hacia los polos.

El carácter más esencial que distingue á los morsos de los demás anfibios es la configuración de su cabeza y dientes. Su mandíbula inferior que carece de incisivos y caninos, está comprimida de modo que pueda dar paso á dos enormes caninos que suelen tener dos pies de largo, y que naciendo en la mandíbula superior se dirigen hacia abajo como los del *Dinotario*. Resulta que para dar cabida á las raíces de estos monstruosos huesos, están muy desarrollados los alveolos, y hacen que el hocico del animal parezca hinchado y alto, naciendo desde la misma nariz. Acaso por esta particularidad se le da el nombre de *Vaca marina*. Su tamaño suele ser desde diez y seis hasta veinte pies de largo: y como otros anfibios está privado del uso de las membranas que cubre la piel dejando solo libres las manos y los pies, que están también cubiertos de una membrana delgada, y terminados por uñas cortas y puntiagudas. Al rededor de su hocico tiene vigotes muy poblados y de pelo muy grueso.

Suele habitar el morso toda la extensión del mar glacial, aunque en el día es mucho menos común que en otro tiempo; y como los hielos suelen impedirles el aproximarse á la costa, establecen su domicilio encima de las islas de hielo flotante, y allí dan á luz sus crías que se componen de un solo pequeño animal, y tienen al nacer el tamaño de un cerdo de un año. A pesar de los peligros que presenta la navegación en tales parages, van á pescarlos muchos buques de los

pueblos del norte, no solo para adquirir sus dientes, que proporcionan un marfil más puro, más compacto y más duro que el del elefante, sino también para extraer de su grasa abundante aceite, y mejor que el de la ballena, y para utilizar su piel muy propia para toda suerte de corraje.

Cuando un morso es atacado y se siente herido, se enfurece extraordinariamente, y como no puede alcanzar á su enemigo esgrime contra la tierra sus formidables dientes rompe las armas del cazador y se las quita de las manos, hasta que al fin rabioso mete la cabeza entre las patas y aprovechando la pendiente de la ribera se deja rodar hasta el mar. Si se les ataca en el agua, hallándose muchos juntos se envalentonan con la mutua protección y se llenan de audacia. En estos casos no huyen, sino rodean las lanchas de los pescadores y tratan de sumergirla, agujereándolas con los dientes, ó de derribarlas buriendo los bordes, de los que suelen á veces arrancar grandes pedazos. A veces suelen por esto, ó peleando con los osos blancos perder uno de sus dientes, pero el que les queda no es menos temible que los dos juntos; rara vez se coje uno solo, porque si se logra clavar el harpon á uno lo rodean otros muchos con el intento de libertarlo, y suelen ser víctimas de su arrojo. Si los pescadores espantados del gran número, de sus esfuerzos y sobre todo, de los rugidos furiosos que dan creen prudente huir, los morsos siguen á lo lejos la barca, y no abandonan sus proyectos de venganza hasta que la han perdido de vista.

Cuando estos animales van á tierra ó suben sobre un trozo de hielo se sirven de sus dientes para sostenerse y de sus manos para mover la pesada masa de su cuerpo. Parece que además de las sustancias animales que les sirven de alimento comen también plantas marinas; y se sirven de los dientes para arrancar los mariscos de las rocas, sumergiéndose á grandes profundidades debajo del agua para irlos á buscar y comerlos.

Los Morsos tienen sobre poco más ó menos las mismas costumbres que las Focas, pero mucha

mas inteligencia y apacibilidad de carácter. Edward Worst, á quien cita Buffon, dice que vió en Inglaterra uno de estos animales vivo, y de edad de tres meses, al que no se podia tocar sin que se encolerizase y se pusiese furioso. Lo único que de él pudo obtenerse fue que siguiese á su amo cuando le presentaba de comer.

Con respecto á las regiones que habitan los Morsos se han suscitado algunas cuestiones provenientes de que en algunos puntos de la Siberia se encuentran dientes que son enteramente semejantes á los de este animal, aunque á veces de un tamaño extraordinario. Estos dientes suelen hallarse á las orillas del mar, y la diferencia de tamaños ha hecho pensar que pertenecian á distinto animal del que se encuentra en la entrada occidental del mar glacial; siendo por otra parte evidente que en la costa oriental de Siberia no se han visto nunca Morsos de la especie del que dejamos descrito ni teniendo los dientes que se encuentran en tanta abundancia en la misma parte, y que acaso pertenecian á cierta clase de animales, cuya especie se ha perdido, y que vivian antes en aquellos parages. A. A.

EMBARCACIONES.

- 24 Corbeta de gerra inglesa nombrada *Orestes* su comandante *Hambly*, con 12 dias de *Portsmouth*, 18 cañones y 120 tripularios, con destino al *Rio Janeiro*.
- 24 Goleta inglesa nombrada *Tribuno* con 4 dias de la *Madera* su carga *Arcos de hierro*, á los *Sres Bruce y Hamilton*.
- 26 Goleta española *S. Antonio*, su capitán *D. Rafael Benacer* con 31 dias del *Senegal*, su carga *millo, arroz, judias, cereales*, consignada á *D. Juan de Vera*.
- 27 Salió para *Hamburgo* el bergantín *Hamburgués* nombrado *Hector* su capitán *Jingen Simonser*, y conduce a su bordo 400 piedras de destilar 152 pipas de vino 19 quintales de almendra y 10 millares de cebollas.

Editor responsable-P. M. RAMIREZ.
Imprenta de EL ATLANTE.